

Eterno Padre lo que por manos de su Hijo le pediríamos, si al ofrecerlo en la Misa lleva en su mano nuestras peticiones? Qué no conseguiremos? Oh, que muchas veces he pedido, y no he alcanzado. Quexese de sí mismo quien tal dixere, ù de su necesidad en pedir lo que le daña, ù de su indisposición para recibir lo que pide; pero sea, que aunque en particular no consiga eso que pide, siempre, siempre en lo general tiene buen despacho. Y si lo que se pide es para bien del Alma, y gloria de Dios, seguro vá de conseguir el ruego: pudiera referir cien exemplos, pero acabo con éste.

Refiere nuestro Hautino, n. 1144. que por los años de 859, habiendo los Cimbrios con poderoso Ejército destruido, y talado todos los Países baxos de Flandes, entre la comun calamidad, dexaron afolado, y destruido el Monasterio Prumiense, en que con muchos Santos Monges vivia con exemplarísima vida su Abad San Ansbald, que viendo su Casa arruinada del todo, y sin tener donde albergar sus Monges, acudió à Dios con sus ruegos, repitiendole en la Misa con fervorosas instancias esta su necesidad. Sucedió, pues, que mas de quince leguas de allí, en la Ciudad de Guisa en Francia, vivia à la fazon un Caballero muy poderoso, y rico, llamado Nidardo, que hallandose sin hijos, y deseando emplear bien su mucha hacienda, despues de muchas oraciones, con que le pidió à Dios, que le dictara en qué gastarà su caudal, que fuese de su mayor agrado. Hallandose confuso, lo que determinó fue hacer una solemne Escritura de donacion, en que desde luego daba todo su caudal à aquel lugar adonde esta su Escritura fuese à caer. Escrita, pues, así la mañana siguiente, atando este papel en una faeta, subióse à un lugar alto, y desde allí disparó la faeta al ayre. ¡Oh, prodigio! En este instante mismo estaba allá en su Monasterio diciendo Misa San Ansbald; y clamandole à Dios por la restauracion de su Iglesia, y Casa, quando la faeta corriendo en un instante la distancia de mas de quince leguas, al mismo punto que en Guisa la disparó Nidardo, en ese mismo cayó sobre el Altar donde Ansbald decia Misa. Cogió la faeta, abrió el papel que traía, y hallóse con caudal bastante para reparar, y rehacer todo su Monasterio; porque acudiendo à Nidardo, le entregó al punto su caudal todo. Y por testigo de tanto prodigio, se guarda hasta hoy en el Monasterio Prumiense aquella faeta, y aquella Escritura de donacion tan milagrosa. Y si nosotros en la Misa tenemos la Escritura firmada de mejor mano, logremos, Fieles, toda la liberalidad de Dios, que solo espera allí nuestras peticiones, y ruegos: logremos un Padrino como el Hijo de Dios: representemosle confiados nuestras necesidades, para lograr sus beneficios. Pidamos humildes, ò ya sean los beneficios del cuerpo, si nos conducen à los mejores bienes del alma, que por la gracia nos conducen siempre à los eternos bienes de la Gloria.



PLATICA XXVI.

DE LA REPARTICION DEL FRUTO de la Misa, y disposicion con que la debemos oír, si queremos gozar de sus frutos.

A 19. de Julio de 1691.

Quando se vé en el mundo repetida entre muchos herederos una herencia, sin quejas, sin sentimientos, y sin pleytos? Por eso, aun el mismo Christo (Luc. 12.) dice el Chryfologo, (Ser. 162.) rehusó allí dividir entre dos hermanos su herencia: *Qui me constituit Judicem, & divisorem inter vos?* Porque la herencia mundana primero divide à los herederos, que reparte las partidas: primero sepára en discordias los ánimos, que en la hijuela aparte las porciones; antes rompe las ataduras de la fangre, que desate los nudos de las bolsas: *Hereditas mundana, ante postoris infero jurgium, quam confert censum, ante quam dividat facultates scindit heredes, ante quam tradat singulis portiones, successores ipsos disecat, & mittit in partes.* Mas con todo eso entro yo seguro à hacer la particion de la mas soberana herencia, que tenemos en la Misa; porque siendo yo solo el que apunte las partidas, cada uno de mis oyentes ha de ser el que ajuste consigo mismo quanto le toca de pérdida, ò quanto le viene de ganancia. Y si entonces se siente lo perdido quando se vé, sucederáme quizá con algunos lo que aquel padre, que para corregir à su hijo que jugaba, y perdía por vales, le baltó para que se enmendara hacerse una vez contar por su propia mano la grande cantidad que havia perdido; ò sucederáme por el contrario con otros lo que al Mercader, que al ajustar el valance, viendo sus ganancias, con ellas cobra nuevos alientos en su ejercicio. Ya, pues, al que en esta particion le tocáre menos, contra sí mismo formará la queja, y consigo tendrá la cuenta.

Una, pues, herencia Divina es la que tenemos en la Misa, en que todos tenemos parte. Por eso al instituir este Soberano Sacrificio, entonces fue quando nuestra Vida Christo hizo su testamento, escrito, firmado, y rubricado con su misma sangre: *Hic est sanguis meus non Testamenti;* testamento nuevo, porque acabando las sombras, y figuras, empezaron en el de la verdad las realidades, y testamento eterno, porque repitiendose cada dia en la Misa, duran, y durarán siempre en el mismo vigor sus cláusulas. Así, pues, como en qualquier Testamento hay heredero principal, mandas, y legados, y además un albacea que lo execute; así para que se repitiese en cada Misa, dexó el Señor à los Sacerdotes por sus albaceas, tenedores de bienes, y podatarios, para que por

su

la mano se haga la reparticion admirable. Porque así como la madre mas amorosa, los regalillos que tiene, siendo para el hijuelo todos, con todo eso no se los dá de una vez todos, sino por partes, y tanto muestra su amor en lo que le dá, como en lo que guarda; así en la Misa, à ninguno se dá el todo: quiero decir, el infinito, è inmenso valor de la Misa, no; que para repartir el Señor sus finezas, y para excitar tambien nuestro amor, nuestras buenas obras, y nuestros meritos, para que le busquemos mas veces, y para hacernos mas veces sus beneficios, porque en ellos quiere nuestra correspondencia, siendo, como es, infinito el valor de la Misa, así por lo que en él se ofrece, como por el principal Sacerdote que la ofrece, que es el mismo Christo, con todo eso en cada Misa no nos comunica sino una parte finita, y limitada; pero ésta, mayor, ò menor, segun que con este Divino Sacrificio es mas, ò es menos nuestra disposicion, nuestro fervor, nuestra devocion, y nuestra fineza.

Pues esto es lo que ya nos dice el Catecismo: *¿A quién aprovechan las Misas? A los vivos, y à los difuntos del Purgatorio.* ¡Oh, valor infinitamente prodigioso! Reparte el Sol sus rayos (es verdad) à tanto numero de vivientes por tanta distancia de leguas; pero à ese tiempo dexa obscura, y sin luz la otra mitad del mundo; mas este Divino Sacrificio, estandose repitiendo continuamente por todas las horas del dia, y de la noche en todas las partes del mundo, cada Misa reparte general el provecho, y el fruto à cada uno de todos los Christianos, que vivimos en todo el Orbe de la tierra: de modo, que en la Misa que ahora se está diciendo en el Japon, tenemos parte todos los que estamos aqui, los que están en España, en Francia, en Roma. ¡Oh, valor admirable, que así repartido, aun no se agota, sino que se queda tambien que repartir con todas las Almas del Purgatorio, que todas gozan cada una su parte, y aun se queda todavia un infinito que repartir! Sí, que esto es solo lo general. Resta ahora la mas particular reparticion: por eso añade el Catecismo: *¿De esos, à quáles principalmente? A aquellos por quien se dicen, las oyen, y ofrecen.* Porque así como quanto mas uno se vá acercando à la llama, tanto mas vá participando del calor: así el que mas se acerca à esta divina accion, tiene en ella mas parte, mas los que oyen la Misa, mas el que la ayuda, mas el mismo Sacerdote: porque aunque todos los que la oyen ofrecen en su modo el Sacrificio, y cada uno puede decir que es suyo: *Ut meum, ac vestrum Sacrificium;* pero principalmente el Sacerdote, que es el que como legitimo Ministro, que en nombre de todos lo ofrece: de modo, que por tres partes gozan del fruto de la Misa los que la oyen. Lo primero, la parte que les toca en lo general de todos los fieles: *Pro omnibus fidelibus Christianis.* Lo segundo, por asistentes: *Et pro omnibus circumstantibus.* Y lo tercero, porque ellos tambien en su modo ofrecen el Sacrificio: *Pro quibus tibi offe-*

rimus, vel qui tibi offerunt. Oh, qué ganancia de tanto logro, sin que se disminuya à cada uno su parte, por ser pocos, ò por ser muchos los que con él oyen la Misa; pero aun sobre todos estos gozan mas aquellos, por quien mas especialmente aplica el Sacerdote el Sacrificio, habiendo Christo dexado en sus manos, y en su potestad esta reparticion admirable. Mas sobre todos, el que se lleva la mayor parte, al que podemos llamar el principal heredero, es aquel, por quien el Sacerdote en primer lugar aplica la Misa, ò por obediencia, por liberal caridad, por obligacion de justicia, porque le dió la limosna para su sustentio; no la paga de la Misa, como dicen bárbaramente; ¿que qué paga podía bastar para la Misa? Ese, pues, es el que lleva la mayor parte de la Misa, porque si como dice la Ley: *Ita autem, ff. de Administrat. Quod quis per alium facit, per se ipsum facere videretur.* Lo que uno hace por mano de otro, él es quien lo hace: el que dá al Sacerdote el sustentio para que pueda decir la Misa, él es quien la ofrece, aunque por mano del Sacerdote.

¿Mas qué fruto es éste, que así repartido gozamos en la Misa, que hasta ahora no lo hemos dicho? Es lo primero, el merito, à que corresponde la paga allí en la Gloria. Lo segundo, la impetracion, con que alcanzamos de Dios los bienes, así temporales, como espirituales. Y lo tercero, la satisfaccion, con que nos vamos librando de alguna parte de la pena, que havia de corresponder à nuestras culpas; fruto para alcanzar inmensos gozos en el Cielo, fruto para lograr inestimables beneficios en el mundo, y fruto para evitar las mas terribles penas del Purgatorio. ¡Oh, qué tres frutos, almas! Oh, que tres frutos! Pues esto es lo que tenemos de parte de la Misa seguro: de parte de la Misa dixe: quiero decir, que aunque el Sacerdote sea tan indigno, y pecador como yo, aunque por suma desdicha, diga la Misa en pecado mortal; pero como él no es mas que un instrumento del Sumo Sacerdote Eterno Christo nuestra Vida, que es el que en la Misa se ofrece à sí mismo: *Idem est nunc offerens Sacerdotum ministerio, qui se ipsum in Cruce obtulit,* dice el Concilio de Trento, (Sess. 22. cap. 2.) y como en las demás oraciones de la Misa, lo que le ruega à Dios, y le pide, es todo en nombre de la Iglesia, por eso no podemos ser defraudados de su fruto principal, por malo que sea el Sacerdote.

He aqui, pues, hecha la particion, las partidas de ganancia, el *hadehaber* de parte de la Misa; pero resta ahora que cada uno consulte de su parte, y con su conciencia el *debe*, las partidas del cargo, y haciendo con su alma la cuenta, vea, ò quanto será su logro dichosísimo, ò quanta su lamentable pérdida. Cierto es, que si en el alma está el funesto estorvo del pecado mortal, aunque para esa alma es todavia impetratorio este Divino Sacrificio; (y así lo *debe* continuar mas, para alcanzar de Dios los auxilios para salir de la culpa con una verdadera penitencia) pero entretanto, ni

Y

me-

merito adquiere, ni satisfaccion; porque durando todavia la culpa, que es el cuerpo, no se puede quitar la pena, que es la sombra. ¡Pues, oh, qué pérdida de tan imponderable fruto! Cierito es, vuelvo á decir, que aun estando en gracia, segun la disposicion con que asistimos, segun la devocion, el fervor, la piedad con que oímos la Misa, á esa proporcion gozamos en ella mas, ó menos, ó ningun fruto. ¡Oh, Dios, y qué malogro! Quexese el ciego de sus ojos, que son los que tienen el embarazo: no se quexe del Sol, que liberal lo baña con sus luces. Echad la culpa á la paja, que por su propia debilidad levanta una llama tan remisa: no echeis la culpa al fuego, que si le aplican materia sólida, hace mas fuerte el incendio. Pues ya con esto he respondido á lo que pudiera preguntar una muy justa admiracion: ¿Cómo, si tan á mano tenemos los Christianos todas las riquezas de Dios en la Misa; si en ella tenemos la llave del Cielo; si en ella es el mismo Hijo de Dios el que se empeña todo á nuestros beneficios: ¿cómo tanta pobreza en las almas? tanta miseria en los cuerpos? Tan caído el fervor, tan remisa la virtud, tan tibia la caridad, tan escaso, ó tan ninguno el provecho? A la orilla de una fuente infinita, y sedientos? con la llave de un inmenso tesoro en la mano, y tan pobres? qué es esto? ¡Ah, oyentes míos! Del Lobo, dicen los Naturales, que siendo el mas voraz de los brutos, por mas que come, siempre está flaco. ¿Y por qué? Porque no masticaba, sino engulle, por eso nada le entra en provecho. Asisten (¡oh, quantos de los Christianos!) al Sacrificio de la Misa, tan sin rumiarse, tan sin considerar lo que hacen, que les pudieramos decir lo que dixo el Señor á la Samaritana: *Vos adoratis quod nescitis*. Allí estan de rodillas, y ni saben que es lo que adoran, ni piensan un instante en lo que hacen; y aun quando alzan á nuestro Dios, ni un acto solo de Fé, y de amor les debe. ¿Pues qué provecho, qué fruto han de sacar, si en la Misa tienen toda el alma ocupada, ó ya en sus negocios, ó en sus cuidados? Bien quería Joseph darles mucho trigo á sus hermanos; pero midióse su amor con lo que ellos pedian, llenandoles bien colmados sus sacos; y si no llevaron mas, tuvieron ellos la culpa, pues no traxeron en que llevarlo: *Imple sacos eorum frumento quantum possunt capere*. Así, pues, mide nuestra vida Christo en la Misa sus beneficios, segun el tamaño que defocupa la devocion, y el fervor en nuestras almas: si éstas vienen, ó cetradas con el pecado, ó embarazadas del todo, lamenten por su culpa lo que no logran. Estaban oyendo una Misa tres mugeres, refiere Godescalco, (*t. 2. serm. 100. lit. C.*) y á ese tiempo un santo Religioso vió, que baxando del Cielo un Angel, le puso á la una una corona de rosas blancas, y resplandecientes; á la otra, otra corona de rosas coloradas, con que quedaron ambas hermosísimas: desapareció el Angel, y vió luego un feísimo demonio, que puesto delante de la otra, con unos aforros que traía en la mano, le daba grandes golpes en la cabeza, y

luego danzaba delante de ella muy festivo. ¡Admirado de esta vision, acabada la Misa, sin darse por entendido, preguntó á las dos, qué havian estado pensando en la Misa? Y dixo la una: Yo he estado pensando en la Bondad infinita con que nuestro Dios se dignó de vestirse de nuestra carne, y hacerse niño. Pues yo, dixo la otra, no pensaba sino aquel amor inmenso con que por mí derramó su Sangre en la Cruz. Conoció así el santo varon como les eran correspondientes las coronas. Preguntó luego á la otra, y dixo: Yo no pensaba sino en unos aforros, que tengo de comprar para un vestido, y he estado impaciente, porque se tardaba la Misa, y tengo de ir á un bayle, á que estoy convidada. Descubióles entonces lo que havia visto. ¡Ah, si así se nos descubriera á nosotros! Qué vergüenza fuera á los unos! qué gozo, y consuelo á los otros! y qué escarmiento á todos! Pues cada uno lo descubre en su propia conciencia, y en ella hallará su pérdida: ¿Qué fruto tengo yo de tantas Misas? qué provecho? qué logro? unas en pecado, otras sin atencion ninguna, otras hablando. Dios allí ofreciendome sus riquezas, y yo cerrando mi corazon á recibir las: Dios allí franqueandome todos sus beneficios, y yo en el mundo con toda mi atencion, y mi cuidado: Dios allí abriendome el Cielo, y yo volviendo las espaldas: y donde salen tantas almas mejoradas, y enriquecidas, la mia empeorada, y pobre. Solo porque no se vé esta pérdida, no se llora: Alto, pues, á acaudalar riquezas en este Divino Sacrificio.

Y lo primero encarga nuestro espiritualísimo varon, Padre Juan Eusebio Nieremberg, una devocion tan facil como provechosa, para participar aún mas parte en todas las Misas que se dicen en todo el mundo, y es, ofrecer cada día á Dios quantas Misas se dixeren aquel día en el mundo con deseo, si pudiera uno, de asistir á todas. ¿Qué cosa mas facil? Pues ahora, por poca que sea la parte que nos quede de cada una, qué monton será? ¡oh, quanto! Pensadlo. Yo quiero que el fruto que toca á cada uno de cada Misa de las que se están diciendo en todo el mundo, sea como un grano de mostaza, por explicarme así: ¿Pues cuántas serán cada día las Misas, que en todo el mundo se dicen, y cuánto le correspondrá de fruto, por pequeño que sea, en cada una? Quanto será éste en una semana, quanto en un mes, quanto en un año? ¡Oh, almas! aquí sí que os quisiera fantamente codiciosas, pues todo esto lograis con haceros presentes con vuestro deseo, y con vuestro corazon á todos los Sacrificios, holgandos de que así todo el mundo le haga á Dios esa honra. Y si es tanto mayor el fruto que logramos en las Misas, á que asistimos en gracia, y con devocion, y atencion; ¡oh, qué riqueza! Pues atienda nuestra piedad los clamores, que nos dán las pobrecitas Almas del Purgatorio, para que partamos con ellas, aplicandoles lo que nos toca de satisfaccion, que no lo perderemos, y no les podemos hacer mayor limosna que

que la Misa. Aquí havia yo de empezar: mas baste para abrazar todo lo dicho, y alentarnos á lograr el fruto de la Misa, el exemplo que ya refiero.

Cuenta Pedro Cluniacense, Autor antiguo, y grave, (*lib. 2. Mirat. t. 15. f. 484.*) que en Gracianopolis de Tracia, en unas muy profundas minas de hierro trabajaba un pobre, buscando en tan afanosa fatiga el sustento. Sucedió, pues, lo que acá no pocas veces sabemos que sucede en nuestras minas, que desquiciado de sus fundamentos el cerro (que aun los montes trastorna la codicia) fue derrumbando con estupendo fragor tierras, y peñas; tapó la mina, y dexó aquel pobre en las entrañas de la tierra antes sepultado, que muerto. Aquí fueron las lágrimas de su pobre muger, los sentimientos, los sollozos, llorando viuda; mas como para ser fiel no bastan esas exterioridades, mostró mejor su fidelidad, dando de su pobreza cada semana la limosna para que le dixesen una Misa, y en ella ofrecia siempre un pan, y una vela. Así havia corrido un año entero, sin dexar de decirle la Misa, y aplicarle la ofrenda, sino una semana sola, en que no la tuvo. Entonces, pues, cavando otros por aquella parte del cerro, oyen del centro de la tierra gritos, voces, gemidos. Prosiguen, no sin horror, cavando hacia donde venian los ecos: abren en fin, y descubren un hombre. ¿Quién? Era aquel pobre, que un año antes havia quedado allí sepultado. Y quando llegaron á creer que estaba vivo: ¿Cómo es esto? le dicen: cómo has podido vivir sin sustento en esta lobreguez? Si lo he tenido, responde: Haveis de saber, que al desquiciarse el cerro, me dexó este hueco, en que desde luego, aunque libre, me dí por muerto: asigianme estas tinieblas tristes, y el hambre me apuraba; pero he aquí, que yo no sé quien, pero él era un mancebo muy agraciado, y hermoso, que cada semana una vez entraba aquí con una vela ardiendo en la mano, y una torta de pan, y eso me daba, y se iba: y aquella vela me aliviaba de estas tinieblas, y con el pan me sustentaba, hasta que otra vez volvía; pero sola una vez que dexó de venir, me ví ya en el último extremo: volvió luego, y con estas sus venidas me ha mantenido, como veis. Cotejaron luego lo que su muger havia ofrecido con la Misa cada semana, y como havia faltado una sola, y hallaron, que era ella la que con tan Soberano Sacrificio lo havia así mantenido. Pues á uno, y otro vió nos llama este prodigio: nos muestra como es á los vivos socorro, y nos dá á entender como es tambien á los difuntos alivio: nos dice como sirve á la vida del cuerpo, y nos avisa tambien como aprovecha á la mejor vida del alma: que con la luz mejor, aquel Soberano Sacrificio destierra las tinieblas de las culpas, y con el mejor pan sustenta, y fortalece la vida mas estimable de la gracia.

PLATICA XXVII.

DE LA DEBIDA OBSERVANCIA de las Fiestas.

A 26. de Julio de 1691.

Hasta ahora no se han acabado de reír los modernos de un Pintor, que hubo en la antigüedad tan necio, que sin tantear los tamaños de la tabla para proporcionar el dibuxo, empezaba á pintar por los pies, y ocupado todo el lienzo con el cuerpo, faltandole ya campo, dexaba siempre sus retratos sin cabeza. Gentil necedad, dexar lo principal, por ocuparse todo en lo que importa menos. Pero aun no lo culpeis tan severos, hasta que echeis de vér si os sucede lo mismo. En el tendido lienzo de esta vida tenemos que pintar alma, y cuerpo; á éste tenemos que buscarle adornos: á aquella tenemos que solicitarle hermosura, viveza, y gracia: el alma es la cabeza en que vá todo: el cuerpo, que lleve éste, ó aquel adorno, importa menos. Ya, pues, de este lienzo de la vida ocupamos tantos dias en el trabajo, en el cuidado, en la diligencia, en la fatiga; y todo eso para qué? Para el cuerpo. Y qué campo dexamos, qué dias destinamos para pintar la cabeza, para hermosear el alma? Hase de ir todo este lienzo de nuestra vida solo en el cuidado de el cuerpo? Pues halláremos al cabo con el retrato sin cabeza. Esta sí que será necedad digna de mofa eterna: *Rogamus vos fratres, ut quieti sitis*, nos dice el Apóstol (*1. Thes. 4.*) *& vestrum negotium agatis*, Hermanos míos, yo os ruego, que vais haciendo vuestro negocio, no los que se agencian en las fatigas, sino aquel que mejor se ajuste en el descanso, no con alboroto de cuidados, cuentas, despachos; sino con el sosiego de pensamientos; no con afanosas ansias, y penosos desvelos, sino con el reposo tranquilo del corazon. ¿Pues qué negocio es éste, que con tanta comodidad se consigue? Es el negocio que lo vale todo, el unico, el mas importante, el negocio del alma; ¡oh, qué negocio! que si el alma lo pierde, ¿qué aprovechará haver ganado todo un mundo? El que en un anillo de cobre tiene engastado un diamante, si haviendose caído halla despues el diamante, no es perdida la fuya, aunque quede perdido el anillo; mas por el contrario, que aprovechará hallar el anillo de el vil cobre, si se queda perdido el diamante? Pues éste es nuestro negocio, hallar el diamante del alma, y éste hemos de conseguir en la quietud, en el sosiego de el día de fiesta. Gástanse los dias de trabajo en buscar con tantas fatigas el cobre del interés mundano; pero logrese con Dios el descanso del día de fiesta en asegurar el diamante de el alma. No pierde su jornada el que entra á tomar refuerzo en una